

LA SUSTRACCIÓN DEL OBJETO.

SOBRE HISTORIA DE LA CULTURA E HISTORIADORES EN ESPAÑA, 1968/1986

ELENA HERNÁNDEZ SANDOICA *

Deben preceder a estas líneas, bien modestas en su intención, unas breves palabras aclaratorias respecto al título y lo que en él se contiene. Mi relación va a versar acerca de la producción reciente española sobre *historia de la cultura*, a lo largo de los últimos quince o veinte años, aproximadamente, si bien (de manera que yo misma estimo hartamente restrictiva y discutible) he escogido revisar las obras de historiadores profesionales que, de modo fundamental, se han venido ocupando en el estudio de la edad contemporánea en España (convencionalmente *circa* 1808-h. la actualidad). Ello es debido a que ésta es también mi adscripción profesional, siendo ésta a su vez la causa de estas reflexiones historiográficas. Poco originales, quizá, a la luz de otras trayectorias más nutridas y sólidas, pero en todo caso — creemos — susceptibles de arrojar alguna luz sobre una zona desapercibida generalmente.

Al abordar este balance de una historia cultural (aceptemos provisionalmente su existencia) hecha, repetimos, por historiadores, es difícil que se oculte a nuestros ojos la inadecuación, en la actualidad, de las viejas divisiones entre ciencias, disciplinas y escuelas, inoperantes las periodizaciones y taxonomías, y lábiles ya en su mayoría los métodos. Es por eso por lo que parece imposible dejar de apuntar, aunque sólo sea de pasada, que si bien hemos procurado excluir de esta revisión crítica a los cultivadores extranjeros del denominado «hispanismo» — en todos sus capítulos y orientaciones — nada de lo

* Universidad Complutense (Madrid).

que aquí se diga cobrará sentido si no apuntamos al menos las conexiones e influencias (a veces el carácter eminentemente rector) que determinados autores *no españoles* han ido ejerciendo a lo largo de estos años sobre la historiografía, en nuestro país. El que la historia contemporánea no haya sido, quizá, el campo más privilegiado por la atención de los profesionales franceses, anglosajones o germánicos, fundamentalmente ¹, no quita para que, con frecuencia — y más o menos bien vistas por los círculos académicos oficiales y las esferas de la política —, hayan sido sus obras las que, de hecho, hayan venido a modelar decisivamente tanto la formación general como las opciones electivas y los métodos de la generación de historiadores que hoy se halla, aproximadamente, entre los 30 y los 45 años de edad.

Tampoco podrían llevarse mucho más allá estas consideraciones si, voluntariamente, cerrásemos los ojos ante las influencias magistrales de determinados autores que, sin duda, nunca se autorreconocerían en los estrechos márgenes de la tipificación convencional que aquí hemos establecido, pero cuya intervención constante en el campo de la historia (entendido esta vez en términos generosos), o su pertenencia a abiertas concepciones de la etnología o la antropología social y cultural, se ha venido dejando sentir cada vez con más fuerza entre muchos de los que, a su vez, no vacilan en autodenominarse «historiadores». Julio Caro Baroja o Carmelo Lisón representan, como es bien sabido, ejemplos contundentes de una tardía, pero perceptible, apropiación de los métodos de las ciencias sociales por los cultivadores de la historia reciente ². No es nuestra intención, sin embargo, penetrar

¹ No abundan las recopilaciones — y menos las reflexiones críticas — sobre historiografía extranjera de historia de España. Por ello, sin ningún ánimo excluyente para otros esfuerzos, nos alegramos desde aquí de que existan trabajos sistemáticos y rigurosos como los de W. L. BERNECKER, «Historiografía alemana sobre la época franquista. Estado de las investigaciones», en *Hispania* 162, XLVI, 1968, 197ss., o «La historiografía alemana sobre la guerra civil española» (resumen de ponencia presentada a *Historia y Memoria de la guerra civil española*, Salamanca, 24-27 septiembre 1986. Ejemplar mimeografiado).

Tampoco debería interrumpirse el camino iniciado, por ejemplo, por algunas revistas científicas. Así, F. MEREGALLI y M. SITO ALBA (eds.), *El hispanismo italiano*, n. 488-489 (monográfico) de *Arbor*, agosto-septiembre 1986.

² J. CARO BAROJA, *Ensayos sobre la cultura popular española*, Madrid, 1979, por citar uno solo de sus trabajos, ha sido claro precursor de un entendimiento, cada vez más generalizado, entre diversas disciplinas de las ciencias del hombre.

Respecto a C. LISÓN TOLOSANA, sus trabajos sobre Galicia o Belmonte de los Caballeros, por ejemplo, se hallan en la base, incuestionablemente, de

aquí en los mecanismos y la práctica de la transmisión de saberes corriente entre los propios estudiosos, por más que ello revestiría, sin duda, un interés mayor que el de la pauta de organización que en este trabajo se adopta.

Los propios límites de la periodización adoptada (por grandes fases cronológicas, atendiendo aquí exclusivamente a la contemporánea) falsearán quizá, por último, la selección de autores y objetos de investigación aquí considerados ³. Si bien es cierto que la historia moderna, o incluso la medieval, han ido resultando cada vez más permeables a las nuevas corrientes de la historiografía francesa (de la que los españoles somos, inevitablemente, deudores ⁴), la historia contemporánea ha respondido a su vez, en correspondencia bien estrecha, a parte de las carencias y problemas de aquella misma, complicándose el resultado final con sus propias dificultades de explicación en España durante el período franquista y, probablemente, resultando de todo ello como más aparente característica una menos fiel univocidad respecto al modelo galo.

Conscientes, pues, del carácter fácilmente sesgado que este breve repaso puede cobrar en su desarrollo, vamos a referirnos aquí, fundamentalmente, a lo que creemos elemento definidor, en la España actual, de una pretendida *historia de la cultura* (en plural, si se quiere, con M. de Certeau) ⁵ o, incluso, de modo no siempre definido

una floración espectacular de la denominada, cada vez con más frecuencia, «Historia local».

En conjunto, y bien entendido, el proceso ha desembocado en una constatación palmaria de la diversidad *cultural* española, quedando cada día más el calificativo de «española» como referencia meramente geográfica.

³ Imposible no considerar, al menos aquí, la influencia, directa o indirecta, que en muchos de nosotros ha ejercido la lectura continuada de la obra de J. A. MARAVALL. Su último trabajo, de enorme acogida, *La literatura picaresca desde la historia social (siglos XVI y XVII)*, Madrid, 1986.

⁴ Aunque se haya intentado en ocasiones, queda por realizar el balance satisfactorio de las relaciones culturales (y el papel de la historiografía en ello, por supuesto) entre Francia y España en la edad contemporánea. Cfr., no obstante, A. NIÑO (*Las relaciones culturales hispano-francesas en el primer cuarto del siglo XX*, tesis doctoral inédita, U. Complutense), y, de modo muy elemental, E. TÉMIME, «Les relations socio-culturelles franco-espagnoles dans la première moitié du XXème. siècle», en VV. AA., *Españoles y franceses en la primera mitad del siglo XX*, Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1986, pp. 121 ss.

Para las correspondencias en la conformación de la geografía actual en ambos países, puede verse E. HERNÁNDEZ SANDOICA, «Práctica colonial y nacimiento de una comunidad científica: la geografía en Francia y en España (1870-1930)», *Españoles y franceses...*, pp. 105 ss.

⁵ M. DE CERTEAU, *La culture au pluriel*, Paris, 1974.

a su vez, de una *historia cultural*. Sin tratar de definir tampoco su peculiar entidad, su diversidad o aún la confusión que con frecuencia la rodea.

Una breve ojeada a un pasado probablemente más próximo de lo que a veces se pretende podría explicar, quizá, el relativo abandono, durante años y por parte de los historiadores (en sentido estricto), de los temas de historia cultural, de la historia de la cultura como objeto. Se dejó de este modo, casi insensiblemente, que ésta se refugiase en manos, especialmente, de historiadores de la literatura, respetando siempre, por supuesto, el lugar reservado e intangible que los especialistas en la evolución histórica de las formas plásticas se habían venido concediendo a sí mismos. Es significativo que, así como muchos de nosotros tendemos a definirnos hoy, de manera global y generalizada, como *historiadores de lo social*, o/y en menor medida (pero tal vez con más firme y segura convicción) *historiadores de la economía*, lo cierto es que nadie parece reivindicar para sí el título o etiqueta de *historiador de la cultura*. Ni siquiera es frecuente, en nuestro caso, el autoidentificarse con fórmulas de análisis *socio-cultural*.

Hubo de pesar sin duda, en este abandono temporal, el cansancio, fuertemente alimentado desde las instancias oficiales y generado por las corrientes menendez-pelayescas de interpretación, hegemónicas, fuertemente conservadoras y no siempre tan pulcras y determinantes en la erudición como en su día se trató de hacer ver. Ni siquiera una fuerte vocación heurística y positiva habría de resultar para muchos aliciente y protección bastantes como para adentrarse en unos campos de exploración que, al menos desde el exterior, aparecían poblados por una fronda intraspasable.

Es cierto que cuando esta presión se dejó sentir con más fuerza (finales de los años 40 y toda la década de los 50), tampoco en otros países gozó, al parecer, la historia de la cultura (si es que ya optamos por llamarla así) de un más privilegiado *status*. Peter Burke ha recordado no hace mucho, y precisamente desde plataformas hispanas, cómo en Gran Bretaña «la historia de la cultura siempre estuvo muy fragmentada», no produciéndose en la posguerra «ninguna gran síntesis como la de Burckhardt o Huizinga»⁶, y no consiguiéndose hasta la década de los 60 (en Sussex y Cambridge, especialmente) una

⁶ P. BURKE, pasando revista a la historiografía del Reino Unido, en *La historiografía en Occidente desde 1945*. Conversaciones Internacionales de Historia, Pamplona, Ed. Universidad de Navarra, 1985.

rehabilitación de la así llamada *historia intelectual*, renovada a su vez, en buena medida, sobre el sustrato de la «vieja historia del pensamiento político» ⁷.

Tanto en Gran Bretaña como en España, y lo mismo que en otros medios académicos, ello habría de permitir a algunos cultivadores de la crítica literaria sentirse a sí mismos historiadores de la cultura y autoidentificarse como tales, desempeñando un papel sustitutorio de enorme importancia de cara a los colegas historiadores, propiamente dichos. En España, se da la circunstancia de que aquél es un ámbito que se ha revelado de enorme interés para los extranjeros estudiosos de la conflictiva evolución española del presente siglo, centrados fundamentalmente en torno a tres núcleos de interés: el «98» y el regeneracionismo subsiguiente, la edad de plata y el papel de los intelectuales en el período de entreguerras, y la política cultural del franquismo y sus cortapisas. Richard Cobb es, entre los británicos, uno de aquellos que desde el campo de la historia social no ha parecido vacilar en recabar para los historiadores la interpretación de hechos, estímulos y procesos de orden cultural ⁸. En nuestro caso,

⁷ En nuestro país, el intento más acabado, que conozcamos, de definir la dicha *historia intelectual* corresponde al Prof. V. CACHO, quien en el prospecto-programa para el curso de Tercer Ciclo impartido en la Fundación Ortega y Gasset, de Madrid, en el año académico de 1986/87, se expresa como sigue: «La parte teórica del curso se desarrollará a un doble nivel: la diferenciación entre la historia intelectual y otras especialidades históricas, para delimitar con cierta precisión el campo propio de este tipo de estudios; y el examen de unos cuantos aspectos referentes a España, desde los años ochenta del siglo XIX hasta la década de los veinte.

Los caracteres específicos de la *historia intelectual* se establecerán en relación a y por contraste con:

— la historia de la literatura y, más en concreto, la literatura comparada, objeto de una creciente y sugestiva teorización,

— la historia económica y social, y sus explicaciones macro o micro-históricas de los comportamientos colectivos y la génesis de las corrientes de pensamiento,

— la historia política, y su articulación con las convicciones e intereses de las diversas clases sociales y los planteamientos pre-políticos de la minoría intelectual,

— la historia de las relaciones internacionales, y el alcance de la dependencia, respecto de la Europa más desarrollada, de las áreas periféricas del continente» (*Centro Ortega y Gasset*, Programa de actividades académicas, Curso 1986-87, segundo semestre, Madrid, 1986, p. 11).

⁸ En España ha sido su homónimo Ch. C. COBB quien, con su prospección sobre *La cultura y el pueblo. España, 1930-1939*, Barcelona, 1981, ha dejado abiertas todas una serie de vías, a críticos de la literatura e intérpretes de la historia social y/o cultural, enormemente prometedoras.

sólo quizá el nombre de J. M.^a Jover ha venido a ejemplificar, con voluntad metodológica constante, pero no unidireccional, esta corriente ⁹. Más sistemáticamente, sin embargo, los nombres de Clara E. Lida, Lily Litvak, Jose Carlos Mainer, Fanny Rubio o J. A. Pérez Bowie son suficientes como para demostrar lo muy próximos que algunos historiadores de la literatura se hallan a las esferas de lo socio-histórico. En muchas ocasiones (y no parece ello casual), los círculos académicos, esferas, escuelas o miembros de la comunidad científica (tanto da cómo les llamemos) a los que aquellos autores se sienten más próximos, en cuya órbita se mueven, y cuyo respaldo y consenso solicitan son, prioritaria y abiertamente, los medios profesionales del historiador, y no los del crítico de la literatura.

Esta cierta dejación por parte de los «trabajadores de la historia», esta presunta renuncia al espacio cultural como parte del objeto específico, ya sea voluntaria o veladamente inducida, es sin duda el estrato abonado — e histórico — sobre el que va a actuar, de manera potente, la avalancha poderosa de la historia *económica* y *social*, estrechamente ligadas sus influencias en nuestro país (marxismo, *Annales*, fundamentalmente, durante mucho tiempo), si bien no siempre nítidamente delimitables las corrientes en su explicación y discurrir. Dicho de otro modo: por más que sean conocidas (y valiosas) diatribas y polémicas, en la historiografía reciente española, no parece siempre posible delimitar, en muchos de los autores, dónde terminaría la adscripción al materialismo histórico (y a sus escuelas) y dónde, a su vez, habría de comenzar a dejarse sentir el impacto de los *Annales* (o sus derivaciones), por ejemplo. La historia de la cultura, en cualquier caso, parece seguir encubierta — *grosso modo* — bajo esta presencia omnicomprendiva, y ni siquiera hasta ahora ha parecido tratar de plantearse una trayectoria volcánica.

No es exclusiva de nuestro país tal avalancha, que acertadamente ha sido apuntada tanto por el propio Burke, para el caso británico ¹⁰, como por R. Chartier para Francia ¹¹, en tono convincente que

⁹ Varios trabajos sobre Galdós o, más recientemente, R. J. Sender avalan esta trayectoria. Es, a nuestro parecer, especialmente sugerente su aproximación a los conceptos de *fama* y *memoria histórica* a través del primero de aquellos novelistas, que realiza JOVER en *La imagen de la I República en la España de la Restauración*, Madrid, Academia de la Historia, 1982.

¹⁰ P. BURKE, *ob. cit.*, *passim*.

¹¹ R. CHARTIER, «Intellectual History or Socio-Cultural History: The French Trajectories», en S. L. KAPLAN y D. LA CAPRA (eds.), *The Future of European Intellectual History*, Cornell U. P., 1982.

secundó poco después J. Revel¹². En este último caso, el francés, dado el carácter secuencial y sucesivo ejercido por dicha jerarquía de prioridades e influencias (la historia económica, primero, como marco a su vez de la historia social, recubriendo una y otra a la historia cultural), parece por cierto totalmente oportuno el preguntarse ya — como hacen aquellos autores — acerca de la supuesta validez de determinados lineamientos clasificatorios establecidos de antemano en el seno de aquellas disciplinas, probablemente inapropiados para la historia cultural¹³.

Pero en el caso español, con un objeto todavía no vindicado como propio (aunque mostrando perceptibles indicios de constitución), efervescente más bien dentro de un magma, y probablemente tímida y desorientada, no quedaría lejos de un empeño vano el tratar de provocar en *las historias culturales* españolas (el plural parece más conveniente) un esfuerzo depurado de definición epistemológica. La propia selección de autores y de obras aquí traída puede resultar tal vez discutible, por lo que, prefiriendo pecar de prudencia en las consideraciones siguientes, vamos a limitarnos a presentar, agrupándolas, algunas de las líneas más significativas dentro de las cuales, en nuestra opinión, se perciben de modo notable indicios de absorción, recubrimiento o sustracción de los objetos propios de la historia de la cultura por la historia social. No entendida ésta ahora, naturalmente, en los términos en los que durante un tiempo se la definió en España, identificándola, casi sin más, con la «historia del movimiento obrero».

¿Podemos cabecear, pesimistas, si nos interrogamos a propósito de la viabilidad de una supuesta historia de la cultura en el panorama historiográfico actual, en España? No, sin duda alguna, si rodeamos de voluntarismo expectante los frutos y ensayos de los que pronto daré somera cuenta. O mejor será, todavía, si compartimos la sustitución teórica de las categorías sociológicas por las provenientes del campo de la antropología. Todo ello es válido, a nuestro entender, aunque quizá no siempre sea posible — y probablemente tampoco deseable —. Deberemos en cambio mirar con preocupación el futuro los historiadores si, por nuestra parte, esperamos de la historia cultural

¹² J. REVEL, «La culture populaire: sur les usages et les abus d'un outil historiographique», en *Culturas populares. Diferencias, divergencias, conflictos*. Actas del Coloquio celebrado en la Casa de Velázquez los días 30 de noviembre y 1-2 de diciembre de 1983, Madrid, 1986. *Vid.* especialmente pp. 230-231.

¹³ Nos referimos a las muy atinadas observaciones de J. REVEL en «La culture...», p. 235.

la relectura continuada de los clásicos del pensamiento contemporáneo o la puesta a punto de otros discursos del pasado, sean éstos los que fueren.

Porque no parece ello, en estos momentos, preocupar excesivamente a nuestros colegas, por más que no sea aquél un campo abandonado. Si, por último y de modo privilegiado, es la conexión entre ideas políticas, sociedad y cultura lo que nos preocupa, ningún temor podemos estar seguros de abrigar: los modelos nacionales (al hilo de la evolución político-administrativa reciente) han recuperado en España su fuerza de arrastre, y más o menos transfigurados por la práctica retardataria del franquismo, ofrecen — o han ofrecido recientemente — una parte importante de sus frutos¹⁴. Ello constituirá más adelante una parte importante de nuestra relación.

¹⁴ Sin perjuicio de insistir más adelante en trabajos de esta índole, consideramos modélico el ensayo de A. ELORZA sobre Ortega, *La razón y la sombra. Una lectura política de Ortega y Gasset*, Barcelona, Anagrama, 1984. Por otra parte, no son tan abundantes como pudiera parecer los trabajos sobre personajes tan traídos y llevados como el de este filósofo. Sobre esta última faceta, J. FERRERO ALEMPARTE, *José Ortega y Gasset y el pensamiento alemán en España*, Frankfurt/M., 1984.

Del mismo autor, y sobre el primero de los grandes temas de aproximación entre la cultura alemana y la española en los ss. XIX y XX, puede verse «Aufnahme der deutschen Kultur in Spanien. Der Krausismus als Höhepunkt und sein Weiterwirken durch die Institution Libre de Enseñanza», en *Karl Christian Friedrich Krause (1781-1832). Studien zu seiner Philosophie und zum Krausismus*, hg. von Klaus-M. KODALLE, Hamburgo, 1985, pp. 133 ss.

Tal vez haya sido durante un tiempo — junto a la revitalización hoy renovada de Unamuno — la figura de Joaquín Costa una de las más tratadas. Además de tratamientos polémicos (como el de E. TIerno GALVÁN), hay que señalar sin duda los trabajos de A. GIL NOVALES. Como más reciente, puede verse su introducción a J. Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España: urgencia y modo de cambiarla* (1902), reed. en edit. Guara, Zaragoza, 1982, 2 vols. Infatigable ha sido la labor del británico J. G. J. CHEYNE en pro de la reestructuración de la historiografía costista, y muy acertado el análisis propuesto por los franceses J. MAURICE y C. SERRANO. Entre los — no demasiados — intentos que, con posterioridad a lo más importante de todo ese esfuerzo, se ha beneficiado de él, puede verse E. HERNÁNDEZ SANDOICA, «J. Costa: proyecto colonial y teoría armónica de la sociedad en los años ochenta», en *Les élites espagnoles à l'époque contemporaine. Actes du Colloque d'Histoire Sociale d'Espagne, 14-16 mai 1982, Cahiers de l'Université de Pau I*, 1984, pp. 318 ss.

De todos modos, el esfuerzo más interesante, por lo novedoso en el panorama de la historiografía española, resultó en su momento el tratamiento psicoanalítico aplicado a la figura de Costa que realizó A. ORTÍ, en su *Estudio*

De todos modos, es cierto que también en España la revitalización del campo de la historia de la cultura se ha venido facilitando grandemente a través de la penetración, cada vez mayor, del concepto de *cultura popular* (por más que sus limitaciones y ambigüedades sean compartidas por casi todos)¹⁵. También es cierto que, en consonancia con lo anteriormente enunciado, el peso de la historia económica y social no ha dejado de hacerse sentir con fuerza, incluso en el interior mismo del propio sentido que, más comúnmente, los historiadores otorgamos al concepto de cultura popular, vinculándolo estrechamente a aspectos de adscripción social¹⁶. El camino hacia aquí ha venido trazado, en la mayor parte de los casos, por la urgencia de renovar fuentes y métodos, en dirección hacia las denominadas *historia oral* e *historia popular*, con fuerte influencia anglosajona¹⁷. En otras ocasiones, el impacto ha procedido de una no siempre bien entendida *historia de las mentalidades*, afluyente una vez más desde el otro lado del Pirineo, pero apenas divulgada de manera rotunda

introdutorio a la misma *Oligarquía y caciquismo...* cit. más arriba, si bien en la reedición patrocinada por el Ministerio de Trabajo, Madrid, 1975, 2 vols. Más recientemente, del mismo autor, puede verse «Política hidráulica y cuestión social: orígenes, etapas y significados del regeneracionismo hidráulico de Joaquín Costa», en *Agricultura y Sociedad*, 32, julio/septiembre 1984.

¹⁵ Si bien es verdad que, al no disponer de un *status* todavía bien establecido en España, no ha podido aquí despertar recelos del tipo de los manifestados por Carbonell o Cochrane, y que no han podido suscitar eco entre nosotros (*La historiografía en Occidente...* cit.). La reivindicación del segundo de dichos autores, Eric COCHRANE, de una «biografía, (como) única manera de restablecer, dentro de la dialéctica de la duración, la complejidad infinita de la vida» (*ibidem.*) no ha parecido surtir por el momento efecto. Sí, en cambio, se ha procedido a una serie de intentos, bastante afortunados, por establecer los nexos entre distintas vertientes del pensamiento político y otras facetas culturales o profesionales en la vida de un autor. Así, E. YLLÁN CALDERÓN, *Cánovas del Castillo, entre la historia y la política*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1985.

¹⁶ A veces, incluso, la rúbrica es conscientemente evidente: así, por ejemplo, la línea de investigación propuesta para Tercer ciclo en el Departamento de Historia Contemporánea, de la Universidad Complutense de Madrid, para el curso 1986 en adelante por el profesor J. ARÓSTEGUI y yo misma, con el título de «Cultura y adscripciones sociales en la España de los años treinta».

¹⁷ Es de destacar la labor realizada en este sentido por la editorial Crítica, de Barcelona. En el catálogo (si bien no todavía con el impacto que hubiera sido de esperar entre profesionales y, en general, consumidores del producto histórico) figura la obra de R. FRASER, *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la guerra civil española*, Barcelona, 1980.

hasta la publicación en castellano, con éxito bastante aceptable, de *I formaggio e i vermi*, del italiano Carlo Ginzburg¹⁸.

El término *cultura popular*, por su parte, ha sido interpretado más, al parecer, en su sentido originario de cultura de muchos frente a cultura de unos pocos, cultura de masas contra cultura de elites, encontrándose como menos frecuente en los autores españoles aquel otro que englobaría a todo cuanto se opone y resiste a los procesos normalizados y que constituirían la «cultura aprendida». Esto, sin dejar de ser significativo en sí mismo, no lo estimamos ahora de interés relevante como para entrar aquí en matizaciones, y nos limitamos a apuntarlo, únicamente, más como un síntoma que como una excepción¹⁹. La historia social, una vez más, se cobra aquí su precio. Precio justo, estimamos, si tenemos en cuenta la precaria realidad de los estudios sociales en España hasta mediada la década de los sesenta.

¿Historia social, pues, y *ninguna otra* historia? Sólo en parte quisiéramos que ésta fuera la conclusión, respecto la historiografía reciente de la España contemporánea. Pero antes de aportar los datos imprescindibles para que el lector pueda emitir su propio juicio, creemos pertinente todavía dejar constancia de que la estricta pulsión en el sentido de procurar *otra* historia, voluntariamente asumida como *historia cultural*, es en nuestro país muy reciente. La influencia de

¹⁸ C. GINZBURG, *El queso y los gusanos*, Barcelona, Muchnik, 1981 (el original, Turín, 1976). Con confesado impacto, J. L. PESET y E. HERNÁNDEZ SANDOICA, *Estudiantes de Alcalá*, Alcalá de Henares, 1983.

¹⁹ Puede ser indicativo a este respecto uno de los trabajos más recientes y bien apoyados, teóricamente: J. ÁLVAREZ JUNCO, «La subcultura anarquista en España: racionalismo y populismo», en *Culturas populares. Diferencias, divergencias, conflictos*, Madrid, 1986, pp. 197 ss. («Parece lógico aceptar que para una sociedad como la española, tan cargada de tradición católica, con su acostumbrado ensalzamiento de los valores comunitarios e igualitarios como propios de la 'vida perfecta', el rápido y mal estudiado proceso de pérdida de prestigio por parte de la Iglesia en el siglo XIX turvo necesariamente que ser traumático. El vacío dejado por la religión católica en la cultura popular fué, lógicamente, cubierto por otras doctrinas redentoristas y 'fraternales'» (p. 200). O bien: «Hemos planteado, en estas páginas, la rara compatibilidad, en el anarquismo clásico, entre racionalismo y populismo (...) Ahora es la *Ciencia* la que asegura, según los revolucionarios, la inminencia de la crisis del capitalismo y la posibilidad y racionalidad de un orden social autogestionado y no represivo», p. 206.

No modifica la óptica y el método, por otra parte, el trabajo de C. SERRANO, en la misma obra colectiva (pp. 209 ss.), «Histoires ouvrières du 19e. siècle espagnol: culture populaire et culture historique».

Franco Ferrarotti, por ejemplo ²⁰, o el impulso puntual iniciado desde la Casa de Velázquez, en Madrid, sólo hace aproximadamente tres años ²¹, remiten a una realidad todavía *in fieri*. Lo que no quita para que esta sensibilización, que acaba de comenzar, sea especialmente perceptible en los historiadores muy jóvenes, en los recién abocados al campo de la investigación ²².

La reconstrucción de la memoria colectiva como función eminentemente cultural y su aplicación a la historia inmediata no afectaría, pues, en cuanto a voluntades y métodos, más que a unos pocos. Y no deja de ser significativo el que los — no demasiado abundantes — balances historiográficos realizados a lo largo de esta década de los 80, no acaben de conceder espacio propio a la historia de la cultura ²³. O bien, si es que lo otorgan, que se atengan a criterios poco actualizados y, eminentemente, afectos a la yuxtaposición de corrientes o autores, de temas o criterios varios. Cuando no, como resulta aún frecuente, se muestran profundamente imbuídos de una vinculación ancilar de la historia de la cultura a otros campos de la realidad

²⁰ F. FERRAROTTI, *Histoire et histoires de vie. La méthode biographique dans les sciences sociales*, Paris, 1983, es el texto más difundido. En cambio, apenas son citados entre los historiadores, clásicos en este área como M. CALLARI (1966) u O. LEWIS (1961 en adelante).

²¹ Nos referimos al Coloquio de 1983 varias veces citado en estas notas, y publicado en 1986. De todos modos, el habitual retraso en ver la luz este tipo de reuniones científicas, aplaza inevitablemente las influencias y su difusión. En tanto ello no se produce — y es tanto el caso de aquél como de cualquier otro evento similar — sólo un restringido círculo de asistentes puede beneficiarse de los puntos de vista allí cruzados y debatidos.

²² Cfr., por ejemplo, el intento de aplicar la metodología de P. NORA en *Les lieux de mémoire*, Paris, PUF, 1985, a la coyuntura de la guerra civil española y su memoria posterior, para el caso de Salamanca, en J. MADALENA CALVO y otros, «Los lugares de memoria de la guerra civil en un centro de poder: Salamanca, 1936-1939», en *Historia y memoria de la guerra civil*, Salamanca, 1986.

²³ Destacadamente, M. TUÑÓN y otros, *Historiografía española contemporánea. X Coloquio del Centro de Investigaciones Hispánicas de la Universidad de Pau. Balance y resumen*, Madrid, Siglo XXI, 1980. Si bien encontramos allí mismo dos espacios de clara intencionalidad sectorial y sustitutoria: «Literatura y sociedad desde 1898 (estado de la cuestión)», por J. C. MAINER (pp. 251 ss.) y, a cargo de M. A. REBOLLO, «Historia y lenguaje», pp. 275 ss.

Por otra parte, no deja de ser significativo que la revista de historia más respaldada y continuada, *Hispania*, no recoja entre 1968 y 1981 estudio alguno de historia intelectual o cultural, salvo en lo que hace a crítica o reseña de libros, y ello no de manera abundante. Esto se señala ya en *La Historiografía en Occidente...* cit., p. 140.

histórica, sin hacer por el contrario alusión a supuestos estudios sobre cultura material o limítrofes con lo antropológico ²⁴. Que sepamos, no parece haberse planteado en ningún caso una inversión de las categorías en orden a la estructuración de taxonomías predominantemente culturales. Si este esfuerzo — y si es que ha de darse en algún momento — puede proceder en España del campo profesional de la historia en los dos últimos siglos, es algo que no parece fácil pronosticar, y en todo caso no incita de momento al pronóstico optimista.

Hechas estas consideraciones, quizá demasiado largas, pasamos ya a la enumeración y agrupación por bloques de aquellos objetos de investigación en los que parecería pertinente detenerse:

A) Hay que constatar, ante todo, que si bien en los últimos años no han proliferado en demasía los estudios que, inspirados en parte en la tradición británica, podríamos denominar de «*historia intelectual*», éstos han seguido realizándose, y hoy podría ser, incluso, que resurgieran con renovada fuerza ²⁵. Han cambiado, sin duda, las lineaciones ideológicas de la mayor parte de sus cultivadores (tampoco uniformes en ningún caso, por supuesto), habiendo de apuntarse aquí que, tras una floración de los talentos reformistas — aproximadamente

²⁴ De manera alarmante, por lo escaso de la reflexión, en E. MÉRIDA, «La historiografía sobre la cultura española en los siglos XVIII y XIX», en *La Historiografía en Occidente...*, cit., entendido más como repertorio que como balance metodológico.

Distinto es el caso en M. ARTOLA y otros, *La España de la Restauración. Política, economía, legislación y cultura*, I Coloquio de Segovia sobre Historia Contemporánea de España, Madrid, 1985, donde sólo al final se introduce un apartado de diversos, bajo el rótulo de «componentes de la escena cultural», entendida ésta casi siempre como algo cercano a la literatura. Parte de esta censura habría que imputarle también a M. TUÑÓN en su capítulo sobre la cultura española durante la guerra civil, perteniente a uno de sus más recientes trabajos: VV.AA., *La guerra civil española, cincuenta años después*, Barcelona, Labor, 1985. Y ello a pesar de lo sugerente del enunciado: «Cultura y culturas. Ideologías y actitudes mentales» (pp. 275 ss.).

Quizá, no obstante, haya que detectar una cierta sensibilización tendente a la modificación de orientaciones. Así, por ejemplo, en J. ARÓSTEGUI y otros, *La crisis de la Restauración. España, entre la primera guerra mundial y la II República*, Madrid, Siglo XXI, 1986. Se introdujo allí un apartado de sesiones, el IV, especificado esta vez como «Para una historia de los medios de comunicación», en algunos de cuyos participantes parecen encontrarse actitudes más abiertas hacia planteamientos de carácter antropológico o sociológico, y no ya fundamentalmente comprensivos de los temas culturales como fuente para la historia social.

²⁵ Para una relación, remitimos a E. MÉRIDA, «La historiografía...».

entre el 68 y el 77 —, de nuevo parece el conservadurismo especialmente preocupado por no descuidar este campo.

En estas circunstancias, lo más significativo parecería ser, a mi entender, la aparición, eruptiva, desde finales de los 60 y a lo largo de toda la década posterior, de una serie de estudios serios y valiosos (a veces más que veladamente cargados de opción política) a propósito de individuos o instituciones del reformismo español. Se trazó así, de manera novedosa para las generaciones que no habían tenido acceso a la historia reciente más que a través de la criba de la educación franquista, una historia de la modernización prevista — siempre recurrente y siempre frustrada —, que hoy resulta tal vez demasiado lineal, y en la que intelectuales y políticos eclipsaban a su vez la propia dinámica de los partidos (que muchos de ellos integraban), restándose así perspectiva social al conjunto. Proyectos liberales, demócratas o republicanos alternaron de este modo en la investigación (nunca fácil en historia, todavía entonces) con la atención a experiencias culturales más o menos viables, preferentemente en torno a las fechas de 1868, 1931 y 1936.

Dada una voluntaria y deliberada prosecución científica de los proyectos históricos de modernización de la sociedad española, en sus diversas fases, modelos y frustraciones (explicable casi de manera absoluta por las obsesivas cortapisas culturales del franquismo), no será de extrañar que la historiografía sobre educación y enseñanza halle en este apartado un lugar de privilegio ²⁶, en fluído discurrir — que no ha cesado hasta la fecha —, y provocando la incorporación masiva (y en parte sustitutoria) de los historiadores de la pedagogía a la riada ²⁷.

²⁶ Es imposible que recojamos aquí ni siquiera lo más importante en este conjunto de trabajos. Para una bibliografía mínima, pero correcta, vid. M. DE PUELLES, *Educación e ideología en la España Contemporánea*, Barcelona, Labor, 1986 (2.^a ed.). Bibliografía crítica y comentada, — si bien tampoco exhaustiva — aparecerá en «Educación y medios de comunicación de masas», por J. GUTIÉRREZ CUADRADO, E. HERNÁNDEZ SANDOICA y J. L. PESET, en M. ARTOLA (dir.), *Enciclopedia de Historia de España*, vol. I (en prensa, Alianza Editorial).

En todo caso, pocos trabajos han procurado ser tan interpretativos, de modo global, como el de J. L. PESET, S. GARMA y J. S. PÉREZ GARZÓN, *Ciencias y enseñanza en la revolución burguesa*, Madrid, Siglo XXI, 1978.

²⁷ Su interés por los temas de enseñanza superior no ha sido, hasta la fecha, tan decidido y amplio como el manifestado por otros niveles de la enseñanza, especialmente el que afecta primordialmente al magisterio. El balance de los — todavía precarios — estudios sobre la Universidad de Madrid en E. HERNÁNDEZ SANDOICA, «La Universidad de Madrid en el siglo XIX. Una aproximación histórica», en *Madrid en la sociedad del siglo XIX*, ed. a

Si tenemos también en cuenta que los parámetros ideológicos y educativos del krausismo español requirieron, comprensiblemente, una atención casi unívoca por parte de los historiadores de las ideas y el pensamiento español contemporáneos, no podrá extrañar que, una vez más, tras el impulso inicial francés ²⁸, se despertara la beneficiosa confluencia de especialistas en derecho — esencialmente político — y en historia de la filosofía, a más de los (casi recién estrenados por entonces) primeros sociólogos titulados en España. Aludir a todos ellos y a la praxis científica que los guió durante, aproximadamente, una década, es tarea que no podemos aquí emprender, obviamente ²⁹. Pero sí indicar que las urgencias de la tarea política inmediata — en buena parte de los casos —, lo mismo que en su día fueron el motor inicial y colectivo de esta atención privilegiada hacia proyectos estimados como «de racionalización», van a hallarse también ahora (aunque en sentido inverso) en la razón final del relativo decaer de este tipo de estudios en los últimos años de la década de los 70, al ser llamados sus cultivadores, en porción nada despreciable, a las tareas de la práctica política. No obstante, y a su vez, crecido el número de los especialistas jóvenes, en los últimos diez años, ello ha permitido sin duda un relevo de autores, volcados genéricamente ahora hacia una atención menos estrictamente política y más sociológica. El análisis de las instituciones educativas y su función social, con carácter global o monográfico ³⁰, la atención

cargo de L. E. OTERO y A. BAHAMONDE, Madrid, 1986, vol. II, pp. 375 ss., donde se intenta además esbozar una sociología de la función educativa superior en el seno del modelo histórico del liberalismo español.

²⁸ Esencialmente, y desde 1936 a 1967, hay que mencionar los nombres de P. JOBIT, en cuanto a la primera de las fechas, y (con edición original de 1963) el de I. TURIN, en 1967.

²⁹ Es necesario citar, no obstante, los trabajos pioneros en su campo de E. DÍAZ, *La filosofía social del krausismo español*, Madrid, 1973 o D. NÚÑEZ, *La mentalidad positiva en España: desarrollo y crisis*, Madrid, 1975, de gran influencia ambos entre los historiadores propiamente dichos.

³⁰ Vid., por ejemplo, F. VILLACORTA, *Burguesía y cultura: los intelectuales españoles en la sociedad liberal, 1808-1931*, Madrid, Siglo XXI, 1980. No hay muchos más ensayos de ofrecer visiones de conjunto.

Las instituciones científicas, por su parte, parecen ir gozando de mejor *status* historiográfico que en el pasado reciente. Pesa sin embargo sobre los cultivadores de estos estudios, en buena medida, una carencia metodológica y reflexiva que, poco a poco, parece hallarse en vías de corrección. Como mirada externa sobre estos problemas (explicables, una vez más, en términos de «pasado reciente»), puede verse el comentario crítico de M. E. BURKE, en

minuciosa a las trayectorias pedagógicas o científicas — si es que esto es posible — parecen ser objeto hoy de renovada preocupación.

B) Ello nos ha traído ya al campo de la *historia de las instituciones*, en su confluencia — ancha y dominante — con la historia de la cultura. Siguen teniendo estos trabajos en España toda su fuerza e implantación, y en una historiografía tan fragmentaria (y hasta retardataria, según las épocas) como la española, tendremos que convenir en que conservan todo su valor y necesidad, todavía. Los estudios sobre instituciones, en ciertos casos, aparecen sensiblemente orientados hacia las diversas y cambiantes tareas de aquéllas en el campo de la difusión e implantación cultural. Los foros de intercambio intelectual, de gestación de ideas o corrientes, de transformación de saberes e influencias, no han recibido aún todo el positivo tratamiento que se merecen, siendo a estas alturas ampliamente desconocida la más elemental secuencia de muchos de aquéllos. Todo trabajo de investigación que se oriente a salvar esta carencia y a poner en manos de la comunidad científica la información mas elemental ha de ser, pues, de este modo — y todavía — saludado en nuestro país con excepcional alborozo ³¹.

Sin que pueda hablarse de un satisfactorio balance, sí que hemos de decir, sin embargo, que la historia de las Universidades ³², por ejemplo, o la de determinadas instituciones científicas ³³, o de

Isis, 74, 1, 271 (1983) a S. GARMA (ed.), *El científico español ante su historia: la ciencia en España entre 1750-1850* (I Congreso de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias), Madrid, Diputación Provincial, 1980.

Como exponentes de una visible recuperación de altura y horizontes, vid. *Enfermedad y castigo* (VV.AA., con la coordinación de J. L. PESET, Madrid, CSIC, 1984, o *La ciencia moderna en el nuevo mundo*, Actas de la I reunión de Historia de la Ciencia y de la Técnica de los Países Ibéricos e Iberoamericanos (Madrid, 25-28 septiembre 1984), ed. a cargo de J. L. PESET, Madrid, CSIC y Sociedad Latinoamericana de Historia de las Ciencias y de la Tecnología, 1985.

³¹ Modélico en este tipo de reconstrucciones, F. VILLACORTA, *El Ateneo de Madrid (1885-1912)*, Madrid, CSIC, 1985.

³² Remito para estas consideraciones al Prólogo escrito por M. PESET al libro de M. BALDÓ LACOMBA, *Profesores y estudiantes en la época romántica. La Universidad de Valencia en la crisis del Antiguo Régimen (1786-1843)*, Valencia, 1984, pp. XIII ss. Por mi parte, pueden verse las acotaciones preliminares que establezco a M.^a T. LAHUERTA, *Liberales y universitarios. La Universidad de Alcalá en el traslado a Madrid (1820-1837)*, Alcalá de Henares/Madrid, Fundación Colegio del Rey, 1986, pp. 9 ss.

³³ Eminentemente, la Junta de Ampliación de Estudios, sobre la que puede verse, entre otras cosas, el número de *Arbor* 493, enero 1987, monográfico.

aquellas otras que asumen voluntariamente carácter de proyección cultural (Ateneos, Círculos o Academias), así como los estudios sobre prensa ³⁴, resultan extraordinariamente favorecidos en la atención de los historiadores, frente a otros mucho más ligados al proyecto ampliamente absorbente de la historia social. Así, por ejemplo, sabemos aún muy poco en España en lo que respecta a niveles de alfabetización, lectura, escolarización, lo mismo que respecto a las vicisitudes prácticas de la formación secundaria o profesional — no ya, afortunadamente, en cuanto a sus canales de institucionalización ³⁵ —. E ignoramos casi todo frente a la práctica del magisterio o a la mecánica del propio aprendizaje en sí, para cualquiera de los niveles. Y esto sólo por lo que respecta a la *cultura aprendida* o a los vehículos de inducción... ³⁶ ¿Qu decir, entonces, de aquella otra cultura ajena y fugitiva frente a la norma?

Es, de todos modos, este campo tan vasto y abierto, que no parece improbable que, en breve plazo, la norma haya de ir dejando paso, en su privilegiada reconstrucción, a un conocimiento más completo de la práctica real, con su aceptación o rechazo de aquélla y cobrando entidad material por fin sus protagonistas. De momento, la incorporación de fuentes hasta aquí no expurgadas ni sistemáticamente tratadas — los protocolos notariales, por ejemplo — puede ser,

³⁴ Una llamada de atención, muy saludable, a propósito de la necesidad de incidir más sobre métodos, en J. M. DESVOIS, «Historia de la prensa: el método», en J. ARÓSTEGUI y otros, *La crisis de la Restauración...*, cit. 1986, pp. 351 ss.

³⁵ A. VIÑAO, *Política y educación en los orígenes de la España contemporánea — Examen especial de sus relaciones en la enseñanza secundaria*, Madrid, Siglo XXI, 1982, con mucha mayor extensión y profundidad que en cualquier otro caso.

Hemos dejado al margen, deliberadamente, las cuestiones relacionadas con la Iglesia católica en España a lo largo de la edad contemporánea, muchas y todas ellas importantes. Un balance bastante completo en «La nueva historia de la Iglesia en España», de F. GARCÍA DE CORTÁZAR, en M. TUÑÓN y otros, *Historiografía española contemporánea...* cit., pp. 207 ss.

Por otra parte, un gran tema como es el del profundo hundimiento de la religiosidad católica a lo largo del siglo XIX está todavía sin tocar. Interpretaciones subsidiarias, por ejemplo, en J. ÁLVAREZ JUNCO, «La subcultura...» cit., *passim*.

³⁶ Vid. las consideraciones preliminares en J. SAUGNIEUX, *Les mots et les livres. Études d'histoire culturelle*, Lyon, CNRS, 1986.

con todas las limitaciones que se quiera, una vía de renovación nada despreciable de objetos y tratamientos historiográficos ³⁷.

C) De nuevo de manera apenas perceptible, nos hemos deslizado hacia el ámbito pleno de las relaciones entre *historia social* e *historia cultural*. O más exactamente, hemos desembocado de nuevo en el profundo proceso de arrastre que, como símbolo de una historia más comprometida con el entorno, aquélla ha venido ejerciendo hasta la fecha sobre ésta. En nuestro caso, el conjunto ha sufrido además una fuerte polarización, debido a una inevitable tendencia a aflorar, significándolo todo, de la *historia política*. Parece difícil negar, realmente, que con frecuencia los diferentes niveles de cultura sólo puedan expresarse en términos de «saber» y «poder» (o más bien la viceversa), lo que nos llevaría a desentrañar los criterios de «norma» y «ortodoxia», tanto o más que en el campo de la reglamentación de las creencias, en el propio terreno de lo político. Lo cual le haría acreedor, ya de entrada, de una atención que — hay que reconocerlo — no se le ha dispensado siempre de manera científicamente útil. En el caso de la historiografía sobre (y en) la España contemporánea, donde a lo largo de las dos últimas décadas se ha tratado de salvar, a veces de modo precipitado y precario, pero siempre explicablemente, el abismo que separaba los niveles de conocimientos que otras sociedades europeas han conseguido respecto a su propia evolución, y donde el franquismo toleró — durante cuarenta años — sólo mínimos y distorsionados sucedáneos para la apropiación popular de la memoria colectiva, determinadas reflexiones en las que la política actúe como eje conductor no parecen por el momento estar de más, si bien habría, tal vez, que empezar por redefinir los términos en los que se concibe *la política* y *lo político* ³⁸.

³⁷ Así, por ejemplo, J. A. MARTÍNEZ MARTÍN, *Lecturas y lectores en la España isabelina*, Madrid, Universidad Complutense, 1986, tesis doctoral inédita. O G. LAMARCA, «Las bibliotecas privadas en los protocolos notariales. Valencia, 1780-1808», en *Libros, libreros y lectores, Anales de la Universidad de Alicante*, 1984 (monográfico), pp. 189 ss. Para un estado de la cuestión, F. LÓPEZ, «Estado actual de la historia del libro en España», *ibidem.*, pp. 9 ss.

³⁸ La obra de M. Foucault, o mucho nos equivocamos, o no ha sido aún asimilada por los profesionales de la historia en España. Son, no obstante, unos pocos los trabajos de inspiración fucoltiana que es obligado reseñar: F. ÁLVAREZ-URÍA, *Miserables y locos*, Barcelona, Tusquets, 1983, J. VARELA y F. ÁLVAREZ-URÍA, *El cura Galeote, asesino del Obispo de Madrid-Alcalá*, Madrid, La Piqueta, 1979, y J. VARELA, *Modos de educación en la España de la Contrarreforma*, Madrid, La Piqueta, 1983. Es esta última editorial, La Piqueta, en su colección «Genealogía del poder», la principal responsable

Desde otro orden de cosas, los esfuerzos realizados desde Cataluña por recuperar una identidad popular, dificultada y distraída desde Madrid, la capital del Estado, en su proceso de conformación cultural y memoria de la misma, son los que tal vez ejemplifiquen mejor lo que aquí sólo puede ensayarse en forma de esbozo. En el caso catalán, de manera perceptible y colectiva, la historiografía reciente se ha significado por su atención a los aspectos culturales, haciéndose patente la inspiración antropológica de algunos de dichos estudios, realizados en su mayor parte por historiadores. En definitiva, podemos imaginar ya bastante al respecto si advertimos que, con cierta fluidez en la reflexión teórica y notable acierto en el desarrollo de los conceptos, se explicitan a lo largo de un buen número de aquéllos interpretaciones diversas a propósito de la «cultura popular» (así llamada) o la «historia social de la cultura».

Más o menos insistentes, autores como Pere Solà, Llorenç Prats, Jordi Casassas o Enric Ucelay³⁹ han indagado de manera aguda sobre el conflicto entre tradición y modernidad, acotando espacios geográficos restringidos, y siempre ya desde la negativa rotunda a indentificar la cultura con «lo elevado» y «lo escrito»⁴⁰. Señalaría a esta corriente, distinta en métodos y no siempre cercana u homogénea desde el punto de vista ideológico, la convicción — renovada cada día — de que el análisis cultural no ha de ser ya, en exclusiva, materia de abandono en manos de los críticos de la

— por el momento — de la difusión de Foucault en España. Últimamente, en C. WRIGHT MILLS y otros, *Materiales de sociología crítica*, puede verse su artículo «Por qué hay que estudiar el poder: la cuestión del sujeto», Madrid, 1986, pp. 25 ss.

Se reconoce igualmente influido por la obra de Foucault J. L. PESET en *Ciencia y marginación*, Barcelona, Crítica, 1983.

³⁹ P. SOLÀ, *Cultura popular, educació i societat al Nord-Est català (1887-1959)*, Girona, 1983; LL. PRATS y otros, *La cultura popular a Catalunya. Estudiosos e institucions, 1853-1981*, Barcelona, 1982; J. CASASSAS, «La configuració del sector 'intel·lectual-professional' a la Catalunya de la Restauració (a propòsit de Jaume Bofill i Mates)», *Recerques*, 8, 1978, pp. 103 ss; E. UCELAY DA CAL, *La Catalunya populista. Imatge, cultura i política en l'etapa republicana*, Barcelona, La Magrana, 1982.

El caso catalán, sobre el que todavía queda mucho por decir, parece permitir enfoques culturales de excepcional interés, al referirse a términos de construcción de una sociedad civil, pero sin estado propio. Vid. en este sentido J. TERMES, «Les arrels populars del catalanisme». en VV.AA., *Catalanisme. Història, Política i Cultura*, Barcelona, L'Avenç, pp. 11 ss.

⁴⁰ M. IZARD, «Cultura popular enfront de cultura oficial», en *Catalanisme...* cit., pp. 41 ss.

literatura o los analistas del pensamiento político o filosófico. De manera parca, pero firme, la revista *Recerques* (nacida en 1970 e inspirada en el marxismo) había ya incorporado a sus páginas escritos sobre historia intelectual, casi siempre abocados a explicaciones de tipo social y económico ⁴¹ y, sobre todo, lindantes en la intervención política, más o menos comprometida.

Doce años posterior —y con un aliento más divulgativo y abierto— es la aparición de la revista *Debats*, publicada en Valencia con atractivo formato, temas de actualidad historiográfica y, preferentemente, firmas de las comunidades de historiadores británica, italiana y valenciana, sin que falte algún otro. Posiblemente, a través de sus breves artículos, muchos lectores hayan entrado por primera vez en contacto con los nombres de Ginzburg, Burke o Muchembled, o los de Collini, Biddiss o Hollinger ⁴². La comunidad científica valenciana, por otra parte, lo mismo que la gallega o la andaluza, también ha procurado la recuperación de una historia, cultural específica y nacionalista, nunca ajena a las pautas de organización autonómica del presente ⁴³.

Por último, sin que queramos llevar esta incompleta noticia demasiado lejos, no estaría de más reflexionar sobre alguno de los elementos de interpretación cultural contenidos en obras recientes de historia social que han sido acogidas más calurosamente en los

⁴¹ Especialmente su número 14 (1983), *Intellectuals, tecnicos i politics (1901-1936)*, a cura de J. CASTELLANOS, J. CASASSAS y F. ROCA. Otros trabajos, con orientación similar, R. FERNÁNDEZ y E. SIERCO, «Ensenyament professional i desenvolupament econòmic: la Escola Nàutica de Barcelona», *Recerques*, 15 (1984), pp. ss., o bien A. DUARTE, «Pere Corominas: entre la Universitat, la militancia republicana i els cercles obrers (1888-1895)», *ibidem.*, pp. 175 ss.

⁴² En el primer número (1982), aportaba ya *DEBATS* un «Dossier» sobre «Cultura Popular» que preparó y coordinó M. GARCÍA BONAFÉ, y que incluía artículos de Burke y Ginzburg, entre otros. Una parte importante del conjunto aparecía inspirada por la definición de Momigliano, según la cual debería prestarse «atención a los grupos minoritarios o/y oprimidos en el interior de las sociedades más avanzadas», así como «a las formas intelectuales asociadas con las clases subalternas, como son la cultura de masas, la magia, el folklore y, hasta cierto punto, la tradición oral» (pp. 84-92).

Otros números con especial atención a estos aspectos han sido: el 7 (marzo de 1984), monográfico en el que participó, entre otros, R. ROSSANDA: «Sobre la cuestión de la cultura femenina»; y, aunque con orientación distinta, el último número aparecido hasta la fecha (diciembre 1986), monográfico sobre «La cultura vienesa fin de siglo».

⁴³ Nos limitamos a reseñar aquí, entre otros, los nombres de A. CUCÓ, V. SIMBOR o M. AZNAR.

medios científicos, por su solidez y métodos sugerente, siendo previsible por ello hayan de ejercer en el futuro inmediato una influencia de importancia considerable. El mas reciente libro de Santos Juliá podría ser, quizá, un ejemplo acertado ⁴⁴. O ¿qué decir del esfuerzo incipiente por recuperar la historia global de las emigraciones, abundantes y decisivas, de la España contemporánea? El exilio como desarticulador de culturas y modos culturales, más que como portador de esos mismos modos, empieza a ser visto desde nuevas perspectivas por historiadores, frecuentemente pertenecientes a los sectores más jóvenes. Por su parte, muchos de aquellos que han preferido volcarse sobre la historia reciente interior, buscando el ángulo de los españoles no exiliados, se han mostrado frecuentemente proclives a entender la política de comunicación de masas y, en términos generales, la conformación cultural del franquismo como agentes tanto o más destructivos y desarticuladores ⁴⁵.

D) Para terminar, restaría referirnos a lo que podríamos denominar *impostación femenina* sobre todo el conjunto perfilado hasta aquí. La revisión de la historia de las mujeres como sujeto histórico no cuenta en España con una trayectoria demasiado larga, aunque sí suficiente como para que la apuntemos ahora ⁴⁶. No siempre, sin

⁴⁴ S. JULIÁ, *Madrid, 1931-34. De la fiesta popular a la lucha de clases*, Madrid, Siglo XXI, 1984. «Por lo que respecta a Madrid, las huelgas generales de industria acabaron por fragmentar el espacio urbano popular en el sentido de que la ciudad no fue ya nunca más escenario de la afirmación festiva de la soberanía de su pueblo. Las huelgas culminaron los procesos de diferenciación de los espacios de la urbe, iniciados por el propio tipo de crecimiento urbano que expulsó a categorías homogéneas de sus habitantes a zonas perfectamente delimitadas de la ciudad, a las que fueron llevadas también por el lento proceso de industrialización o, por decirlo con mayor exactitud, de destrucción de las artes tradicionales y el avance de las sociedades anónimas. Al convertir el escenario de la celebración popular en escenario del encuentro de los obreros, la huelga aceleró los procesos de diferenciación física de la ciudad, a la par que los de conciencia de clase. En adelante, hubo ya siempre barrios bajos, no porque fueran obreros los que en ellos vivían, sino porque en ellos habían manifestado su presencia» (p. 417).

⁴⁵ J. GÍFREU, «Els mass-media i la identitat nacional (Catalunya, 1939-1985)», en VV.AA. *Catalanisme...* cit., pp. 287 ss. Vid. también, en otro sentido, A. ALTED, *Política del nuevo estado sobre el patrimonio cultural y la educación durante la guerra civil española*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1984.

⁴⁶ Son obligadas las referencias a G. SCANLON, M. NASH o R. CAPEL, como pioneras en un género en cuestión. Sobre las circunstancias históricas del proceso, COLECTIVO 36 (dirigido por M.^a C. GARCIA NIETO), «Despertar, represión y letargo de la conciencia feminista en España», en VV.AA. *Mujer y sociedad en España (1700-1975)*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1982, pp. 335 ss.

embargo, ha mostrado esta historiografía en nuestro país — realizada casi exclusivamente por las propias mujeres — una vocación específicamente cultural, ni siquiera en el más clásico de sus sentidos ⁴⁷. Ha sido la reconstrucción de la normativa legal, de los aspectos demográficos y laborales, la principal preocupación de estas autoras, sólo muy recientemente dispuestas a enfrentarse — dejando a un lado con valentía algún que otro *a priori* teórico — con los inconvenientes de una práctica compleja y una realidad no siempre interpretable a la luz de los esquemas metodológicos ideados, una vez tras otra y en su inmensa mayoría, por hombres. La incorporación de nuevas fuentes y nuevos métodos parece ofrecer ya, indudablemente, información y análisis bastantes como para atreverse a aventurar respuestas a una serie de cuestiones fundamentales, de carácter latamente cultural ⁴⁸. Canales de transmisión y conformación de mentalidades que afectan al núcleo familiar regido por la madre, la percepción especial de determinadas realidades y fenómenos en el convencionalmente denominado «universo femenino», la múltiple función maculina (¿aceleradora o retardataria, en cada caso?) en el proceso de igualación social de ambos sexos, parecen ser, muy recientemente, proyectos de investigación emprendidos en focos diversos y por manos distintas. La mayoría todavía habrán de aguardar un tiempo antes de proceder a la más elemental formulación de sus resultados ⁴⁹.

En definitiva, y atreviéndonos a un provisional balance que puede resultar falseado por un seguro desconocimiento de otros temas en marcha, no podríamos alejarnos mucho de ese imperio de lo social que hasta aquí hemos venido esbozando. No parece adivinarse

⁴⁷ Para aspectos de educación de las mujeres, R. CAPEL, *El trabajo y la educación de la mujer en España (1900-1930)*, Madrid, 1982, o también, «La apertura del horizonte cultural femenino: Fernando de Castro y los Congresos Pedagógicos del siglo XIX», en VV.AA. *Mujer y sociedad...* cit., pp. 109 ss. Entendiendo la literatura como fuente legítima de la historia social, G. GÓMEZ FERRER, «La imagen de la mujer en la novela de la Restauración», *Mujer y sociedad...* cit., pp. 147 ss.

⁴⁸ Así, claramente, en M.^a C. GARCÍA-NIETO y otras (Seminario de Fuentes Orales), «La mujer en la guerra civil. El caso de Madrid», en *Historia y memoria de la guerra civil*, en prensa. Planteando interrogantes diversos (trabajo, economía, función política, etc.) las investigadoras llegan a proponer un sugestivo modelo de interpretación cultural y antropológico.

⁴⁹ Aspectos varios de los temas en curso, en VV.AA. *Ordenamiento jurídico y realidad social de las mujeres (ss. XVI al XX)*, Actas de las IV jornadas de Investigación interdisciplinar. Presentación de P. FOLGUERA y prólogo de M.^a C. GARCÍA-NIETO, Madrid, 1986.

(¿todavía?) un interés reseñable hacia cuestiones como la percepción histórica por las mujeres de su propio cuerpo, sobre autorrepresentaciones o — siquiera — imágenes culturales. Como tampoco conocemos estudios hechos por españoles, historiadores y contemporaneístas, que apliquen satisfactoriamente este tipo de enfoques a la niñez o temas similares. Quizá estas perspectivas especialmente gratas a la «nouvelle histoire» resulten más fáciles de introducir en la comunidad científica española correspondiente a través de una *versión* Michel Vovelle ⁵⁰. Ello es, sin duda, índice de toda una conformación — tal vez poco articulada, pero aprehensible y delimitable — de las estructuras del quehacer científico en España.

Me veo obligada a concluir, por último, con el recordatorio expreso — y reiterado — de que apenas una pequeña parte de lo que aquí decimos puede hacerse extensible a la historia de la cultura en la edad moderna, por ejemplo, en nuestro país. El panorama es enonces distinto, como ya apuntábamos al comenzar estas líneas. Sin embargo, según se ha ido haciendo más cerrada esta intervención nuestra, se nos ha ido haciendo más dolorosamente evidente algo con lo que, no obstante, ya contábamos desde el principio: la artificiosidad de las compartimentaciones académicas. Sobrepasarlas, a pesar de la convicción profunda que abrigamos, hubiera desbordado sin duda las máximas capacidades de quien esto suscribe.

(⁵⁰) J. FERNÁNDEZ DELGADO, «Silenciosos, comedidos y espléndidos. La quiebra de la función religiosa del testamento», en VV.AA. *Madrid en la sociedad del siglo XIX*, Madrid, 1986, vol. II, pp. 451 ss.

De todas formas, quisiéramos reiterar una vez más el carácter estrictamente particular de apreciaciones como ésta. La carencia en España de una tradición crítica, producto y causa a la vez de una notabilísima ausencia de reflexiones historiográficas sobre el momento presente, obliga a andarse con cautela o a verter juicios no suficientemente contrastados. Creemos imprescindible el realizar, sin demora, esfuerzos de valor similar al de E. NICOLÁS y otros, «Una propuesta de crítica historiográfica...» (referido a la serie de artículos sobre la guerra civil publicados por el diario *El País*, en el verano de 1986, para conmemorar los 50 años del conflicto), en *Arbor*, 491-492, noviembre-diciembre 1986, pp. 183 ss.